

UN EXTRAÑO MUNDO

Año espacial 8453. Mientras exploro la Vía Láctea escucho un pitido de alarma y veo un humo oscuro saliendo del motor de mi nave. Tengo que aterrizar en un planeta cercano.

Veo un planeta azul y me dirijo a él. Aterrizo con dificultad en el pueblo. Es de noche, se ven las estrellas y una luna.

Se me ocurre una idea: arreglar la nave y salir pitando de este extraño lugar. Me cuesta mucho arreglarla, pero justo cuando va a salir el sol lo consigo. Cuando voy a montarme veo a lo lejos un ser desconocido, con dos trenzas a los lados de su cabeza y zapatillas con luces. No puedo creer lo que mis tres ojos están viendo.

Estiro mi cuello para ver si es una ilusión, pero no, aquella cosa viene saltando hacia mí. Corro a esconderme, pero esa criatura bajita y alegre me alcanza y me dice algo que yo no entiendo. Enciendo el traductor intergaláctico y empezamos a entendernos bien. Tiene seis años y su nombre es Ariadna. Su planeta se llama Tierra y su pueblo Cabrerizos. Habla muy rápido mientras salta a la pata coja. Al ver que soy un extraterrestre se interesa muchísimo por mí y me hace mil preguntas.

En ese momento me doy cuenta de que puede ser una buena amiga y le pido que me enseñe su pueblo; la verdad es que todo es súper raro para mí. Visitamos un sitio llamado colegio, ¡qué curioso! Esas extrañas criaturas pasan cinco horas al día sentadas en un pupitre mirando una piedra de color verde en lugar de estar en sus naves volando por el espacio y haciendo volteretas por el cielo. Se mueven en vehículos ruidosos y que contaminan y destruyen su mundo. ¡No puedo creerlo!

En cambio, algo que me parece guay para llevar a mi planeta Cuboflash son las lavanderías, donde puedes ir a relajarte mientras una rueda con agua da vueltas y vueltas. Y el Cola-Cao y el Nesquik que, aunque al principio dan un poco de asco, ¡están riquísimos!

Me habría gustado quedarme algún día más allí para conocer mejor a estos seres tan curiosos y chiflados, pero me marché feliz porque sé que voy a volver a visitar a mi amiga Ariadna y a descubrir todos los secretos de los terrícolas y de su extraño mundo.

Ane Esparza Vicario
Ganadora Categoría A

LA HISTORIA DE LUNA Y BLANCO

Érase una vez, en un bosque frondoso y lleno de vida, una niña llamada Luna y un conejo negro llamado Blanco.

Luna era una niña alegre y curiosa, siempre dispuesta a explorar nuevos lugares. Blanco, por su parte, era un conejo tímido y reservado, pero muy amable y cariñoso.

Un día, Luna estaba jugando en el bosque cuando vio a Blanco sentado en un tronco, mirando al horizonte. Se acercó a él y le preguntó:

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy pensando - le respondió Blanco. Estoy pensando en cómo sería tener un color de piel diferente.

—¿Por qué quieres tener un color de piel diferente? - preguntó Luna.

—Porque todos los conejos de este bosque son blancos - explicó Blanco. Y yo quiero ser como ellos.

Luna le sonrió.

—No necesitas ser como ellos - le dijo. Eres perfecto tal y como eres.

Blanco se quedó mirándola, sorprendido.

—¿De verdad lo crees? - preguntó.

—Claro que sí - respondió Luna. Tu color de piel es hermoso.

Blanco se sintió muy feliz. Nunca nadie le había dicho algo así.

—Gracias - le dijo a Luna. Eso me hace sentir mucho mejor.

Luna y Blanco se hicieron muy amigos y empezaron a jugar juntos todos los días. Exploraban el bosque, jugaban a esconderse y contaban historias.

Un día, mientras jugaban, se encontraron con un grupo de conejos blancos, que al ver a Luna y Blanco no dudaron en burlarse de su color de piel.

—¡Eres un conejo raro! - le gritaron.

Blanco se sintió muy triste. Se escondió detrás de Luna y le dijo que ya no quería jugar más. Luna lo abrazó y le dijo:

—No importa lo que digan los demás. Yo siempre estaré contigo.

Luna y Blanco se alejaron del grupo de conejos y siguieron explorando el bosque. Mientras caminaban, Luna le contó su historia; ella también tenía un color de piel diferente al de los demás y algunos de sus compañeros también se burlaban de su color de piel, pero ella sabía que era hermosa, a pesar de lo que decían los demás.

La historia de Luna hizo que Blanco se sintiera mejor, se dio cuenta de que no tenía que ser diferente para ser feliz. Simplemente tenía que ser él mismo.

Y siguieron caminando por el bosque.

Cuando de repente escucharon mucho revuelo al fondo del bosque. Corrieron para ver lo que sucedía. Al llegar al cauce del río vieron como uno de los conejos blancos estaba atrapado en unas raíces que allí flotaban y que ninguno de sus amigos era capaz de sacarlo de allí.

Luna intentó bajar hasta él, pero el lugar era muy resbaladizo para su tamaño, en cambio para Blanco era más fácil bajar.

—¡Tranquilo! - dijo Blanco. —Bajaré a ayudarte.

Blanco consiguió salvar al conejo blanco.

El grupo de conejos se sintió avergonzado por haber juzgado a Blanco sin conocer su noble corazón. Desde entonces fueron amigos y exploraron el bosque juntos.

Luna y Blanco siguieron siendo amigos durante muchos años. Juntos, aprendieron que la verdadera belleza está en el interior. Y que no hay que juzgar a los demás por su color de piel.

Lucía González Castañeda

Ganadora Categoría B

CHUCHES DE MORA

A Estrella le gustaba ir a casa de los abuelos porque le dejaban hacer de todo y le relajaba mucho cuando su abuelita la peinaba. También le encantaba que siempre le regalaba unas chuches de mora envueltas en una servilleta.

Aunque su abuela ya era viejecita, se tiraba al suelo para jugar con ella y a veces dejaba ganar a Estrella cuando sacaban los juegos de mesa.

Un día los padres de Estrella tuvieron que salir corriendo de casa. La abuelita se había puesto enferma y la habían llevado al Hospital.

Estrella se quedó muy preocupada. Sus padres le explicaron que la abuela tenía un tapón en las venas de la cabeza y que los médicos se lo iban a intentar sacar.

Los padres estuvieron muchos días yendo al Hospital para ver a la abuela y se quedaban a dormir allí. Estrella le hacía videollamadas todos los días.

Un día pudo ir a visitarla cuando le dieron una habitación normal en el Hospital. Encontró muy rara a su abuela: su cara estaba diferente y decía cosas muy locas. A Estrella le daba un poco de miedo acercarse a la cama, pero no dijo nada.

Después la llevaron a una residencia para aprender a andar porque se le había olvidado. Allí, la abuela les decía a las otras viejecitas que tenía una nieta muy guapa, pero no se acordaba del nombre.

Cuando la abuelita regresó a su casa todos se pusieron muy contentos, aunque se le seguían olvidando cosas. A veces decía que la nieta era un nieto o se inventaba que había sido camarera.

Repetía muchas veces las mismas cosas y a Estrella le daba pena, pero tampoco quiso decir nada.

Ahora la abuelita ya no se puede tirar por el suelo con la niña y Estrella la tiene que dejar ganar a ella en los juegos de mesa. Pero hay una cosa que a la abuelita no se le ha olvidado y son las chuches de mora.

Lo bueno es que antes le daba dos moras y ahora le da cuatro.

Alma Hernández Alonso

Ganadora Accésit “Cabrerizos Educa”

EL CICLO DE LA VIDA

En el corazón de un antiguo bosque, donde la tenue luz del sol se filtraba tímidamente entre las hojas de los árboles y el viento susurraba canciones ancestrales, llegó flotando empujada por la corriente, una diminuta semilla llamada Sam.

El destino, a veces caprichoso, quiso que Sam aterrizara suavemente junto a Arnold, un grandioso roble custodio del bosque.

Extraños y bruscos chasquidos procedentes de la oscura arboleda, asustaron a la pequeña, quien, con sus diminutas raíces, trató de adherirse al viejo roble, pero su dura corteza y el resbaladizo manto de musgo centenario que rodeaba su base, lo impidieron. Exhausta por el esfuerzo y ya en la soledad de la noche, Sam empezó a llorar.

No entendía cómo aquella corriente la había trasladado súbitamente hasta aquí, desde su acogedor bosque natal, donde bajo el cálido sol que bañaba su tierna cáscara, vivía feliz, rodeada de sus hermanas.

Arnold, desde la altura que proporcionaba su inmenso tronco, escuchó un tímido y casi imperceptible gemido. Intrigado, trató de identificar su procedencia, descendiendo con la mirada hasta sus grandes raíces, que, a modo de zapatos, se extendían por la verde espesura. Junto a una de ellas pudo distinguir a la pequeña semilla sollozando.

<< Hacía muchos años que Arnold no prestaba atención a lo que ocurría en su base>>, y esa imagen, le trajo infinitos recuerdos de su infancia ya casi olvidados.

Arnold, mirándola con ternura, le dijo.

— Hola pequeña, ¿qué te ocurre?, ¿por qué lloras?

Sam, tímidamente levantó la vista, no podía creer que ese enorme árbol estuviera hablándola directamente. Presa del miedo, decidió no moverse, y por supuesto, no decir nada, intentando pasar desapercibida.

Consciente de la diferencia de tamaño entre ambos, Arnold comprendió que sería mejor darle un tiempo para ganarse su confianza.

Aquella noche fue muy fría, el viento, casi helado, silbaba entre el ramaje de los árboles, meciendo a placer al bosque entero. Sam, tiritando, trató de resguardarse, y Arnold, que la observaba con preocupación desde su cumbre, arrimó una de sus raíces para tratar de dar calor y protección a la joven semilla. Al amanecer, los rayos del sol iluminaron las espesas copas del viejo bosque. En un acto de cariño, Arnold estiró todas

sus ramas para dejar que la luz del sol penetrara hasta el suelo, calentando así la joven piel de la pequeña.

Poco a poco y con el paso del tiempo, la conexión entre la semilla y el viejo árbol se fue profundizando.

Arnold, con sus ramas curvadas que parecían contar historias talladas por los años, compartía con Sam la riqueza de la vida en el bosque y de todas las criaturas que lo conformaban. Cada instante llevaba consigo un cuento único, y le enseñó, que las tormentas, lejos de ser adversarias, eran capítulos que fortalecían la resistencia de los árboles.

Mientras Arnold hablaba, Sam absorbía, como el nutriente de la tierra, cada una de sus palabras, creciendo no solo en tamaño sino también en entendimiento.

Un día, mientras Arnold narraba las maravillas de las criaturas del bosque, una brisa juguetona decidió llevarse a Sam en una danza por los rincones más recónditos del viejo bosque, donde las criaturas mágicas compartían todos sus secretos. Un precioso arroyo lleno de nenúfares fue testigo de los bailes secretos de las hadas, en un coro de luz y color que lo envolvió todo. La noche le dio la bienvenida con la luminiscencia mágica de las luciérnagas, que guiaron a Sam por un sendero resplandeciente.

De vuelta junto a Arnold, Sam compartió con entusiasmo las maravillas experimentadas.

El anciano árbol, con sus ramas como brazos protectores, abrazó y sonrió con beneplácito, reconociendo que esa magnífica travesía no solo había enriquecido a Sam, sino que también había tejido un vínculo más fuerte entre ambos. La complicidad entre maestro y aprendiz había tomado una dimensión más profunda, casi tan profunda como sus vetustas raíces.

La belleza efímera del viejo bosque, que con cada estación se teñía de nuevos colores, y la promesa constante de un nuevo comienzo, transformaron a la pequeña semilla en un majestuoso árbol. Sin embargo, como en todas las grandes historias del bosque, esto también llevaba consigo la verdad ineludible del ciclo de la vida. Con el paso del tiempo, Arnold fue sintiendo la llamada de la naturaleza, acelerando la formación de su pupilo, trasladándole todos los conocimientos adquiridos durante sus más de quinientos años de vida.

Una cálida mañana de otoño, Arnold se despertó, y pudo contemplar, desde su privilegiada posición, el más bello amanecer que recordaba su viejo tronco. En ese instante, sintió que su momento había llegado... Era hora de partir.

Sonriendo, despertó suavemente a Sam, y le dijo susurrando:

— Mi querida Sam, verte crecer y convertirme en el magnífico árbol que representas, ha sido un privilegio. Ya estás preparada para recorrer tu sola este hermoso camino, el camino de la vida que nos ha sido regalado. Yo siempre viviré en tus recuerdos.

Serenamente, entrelazó sus raíces con las de Sam, y lanzando una última gran carcajada que recorrió el viejo bosque, se despidió para siempre de todos sus amigos.

Su tronco rugoso se integró con la tierra que tanto amó, y sus hojas, al caer, se convirtieron en la hojarasca que nutriría el suelo para las futuras generaciones.

La pequeña Sam, convertida ya en un árbol fuerte y majestuoso, asumió la responsabilidad de custodiar el bosque. Las enseñanzas de su viejo maestro se convirtieron en el legado compartido con cada semilla que germinaba en el suelo fértil.

La historia del bosque continuó, ahora enriquecida por las risas del gran Arnold y la sabiduría transmitida de generación en generación. La memoria de Arnold, aunque físicamente ausente, se entrelazó con el bosque. Cada susurro del viento entre las hojas llevaba consigo un eco de risas compartidas y lecciones aprendidas.

La travesía entre Sam y Arnold se transformó en un relato eterno, recordando que en la danza de la vida, cada encuentro, cada risa y cada despedida, contribuyen a la magistral sinfonía que conforma el bosque, donde la magia y la sabiduría, convergen en una única melodía que resonará durante toda la eternidad.

Francisco Bermejo Nieto

Ganador Categoría C